

QUERIDO, VIEJO MOTOR DIESEL

Han pasado casi treinta años desde que Antonio Gómez, en su Cuenca natal, junto a un pequeño grupo de amigos, iniciara su particular aventura por el mundo de la experimentación poética. Todo un récord de estabilidad y coherencia ética/estética si se tiene en cuenta la escasa repercusión mediática que tales prácticas tienen, todavía hoy, en el panorama artístico español.

A mediados de los ochenta, José Iges, desde su programa “Ars Sonora” en Radio II Clásica, avisaba que le llegaba el turno a un poema fonético para voz y martillo neumático del poeta experimental Antonio Gómez. Fue mi primera noticia de la existencia de este extraño mago de barba poblada. Años después, ya medio instalado y por tierras extremeñas, compré una gruesa antología poética para volver a verlo, allí en medio, como una extraña isla de modernidad.

Cuando lo conocí, fue para mí una gratísima sorpresa ver como, poco a poco, Antonio había ido haciendo, en esa labor que Germán Grau me definiera un día como “de motor diesel, constante, pero poco revolucionario; bueno y sin prisas”, una auténtica labor de apostolado poético-experimental que, después de casi veinte años, empezaba a dar frutos autónomos y originales en los nombres de otros artistas discípulos.

La presencia ubicua de Antonio Gómez, su labor callada, sus numerosos proyectos, las ediciones y contactos nacionales e internacionales que su prestigio como creador y agitador artísticos le han ido granjeando durante tantos años, han sido, sin duda, el puente que muchos otros artistas noveles, que progresivamente se han ido acercando a él o interesando por estas nuevas manifestaciones de lo poético, tenían ya tendido por los extraños recovecos de la marginalidad en la que la Academia había colocado a la poesía experimental y a su obra, en particular. Esta circunstancia, para otros insalvable, ha sido precisamente uno de los motivos que han consolidado la vocación de este creador y el respeto del mundo del arte por su persona y su obra.

Han pasado treinta años y Antonio Gómez continúa sembrando ilusión a su alrededor por la creación al margen de las instituciones y los cauces

oficiales y privados de promoción; enseñando que publicar puede ser barato, y que el correo (y no sólo el Arte por Correo) continúa abierto como una distribuidora de mensajes, de materiales, de rastros y trozos de vida... con todos ellos, Antonio ha ido construyendo su personal universo creador a partir de una de las premisas más características de las vanguardias históricas: la ruptura, la indefinición de los límites entre parcelas tradicionalmente bien acotadas de expresión y creación, con soportes y técnicas rígidamente definidos, para campar a sus anchas por el poema tradicional, el poema objeto, el poema experimental, el poema fonético, etc... formalizaciones, al fin y al cabo, del espíritu creativo, que otros bien podrían calificar como pinturas, caligramas, collages, assamblages, o música...

Quizás sea éste uno de los aspectos más interesantes de su creación experimental: su manifestación, tanto por los soportes que conjuga, como por los medios que utiliza para expresarse y presentarse. Efectivamente, estamos ante un poeta que en la creación, difusión y reproducción de su obra, ha desbordado absolutamente el tradicional formato del libro, si bien no lo excluye, diversificándose sin pudor a través de otros canales y medios expresivos extraños al primero: mail art; happening, objetos, poesía gestual y corporal, exposiciones,, libros de artista, catálogos, galerías, museos... que vetados a la poesía tradicional, la aíslan y la obligan a su histórica reproducción institucional, académica y endogámica, corsés, todos ellos, de los que Antonio ha sabido liberarse, alcanzando, fuera de ella, un reconocimiento, hoy por hoy, internacional.

Si difícil es limitar los campos expresivos por los que en total libertad circula Antonio Gómez, tarea mucho más fácil es penetrar en el discurso poético que domina su obra, marcada por la reflexión sobre la vida individual y social, en tonos irónicos, humorísticos y hasta sarcásticos, sin olvidar un cierto halo de denuncia de lo establecido y de compromiso social que emana en muchas de sus creaciones (Vgr. *Bandera; Rectificación, Dolor por, Sombra...*) o en torno al mismo concepto de *poesía (Made in Mérida, poema para ser lanzado, Opio...*), sin olvidar los frutos derivados de la experiencia personal que son refundidos a lenguajes muy personales, intimistas y altamente expresivos (*Cierro los ojos, Mirarme, verme, reconocerme y morirme, Menage a Trôis...*). En todos ellos Antonio reescribe el mundo, se da la polisemia más allá de la pura sintaxis, más allá de la mezcla arbitraria o meditada de formas y colores que fijan la creación en un universo exclusivamente estético. En Antonio Gómez, lo poético experimental dice, informa, más allá de limitarse a presentarse; busca, investiga y denuncia lo que de contradictorio tiene y genera su propia vida y la sociedad en la que se inserta, haciendo aflorar la

viveza de sus contradicciones. Es por todo ello, su obra, la expresión de una subversión, o de la necesidad de ella, en tanto niega el ideal de “Mundo Feliz” en el que el sistema, machaconamente, nos repite que vivimos, y que, lejos de renunciar a él, lo construye al interior de su particular utopía de objetos y palabras.

Antonio Orihuela

Mérida, primavera de 1998